

tré á verla muy temprano, la encontré con las mejillas encendidas y los ojos con un brillo que no era natural. Durante el día se sintió un poco mejor; hacia la noche, elevóse la temperatura de su cuerpo.

Hasta entonces había guardado un silencio tenaz; pero de pronto se puso á hablar con voz precipitada y jadeante. No deliraba; sus palabras tenían sentido, faltándoles nada más que ilación.

Permanecí sentado junto á ella. Poco antes de media noche se enderezó de repente en la cama con un movimiento convulsivo y se puso á contar... con la misma voz anhelosa, bebiendo sin cesar sorbitos de agua, agitando débilmente las manos y sin mirarme ni una sola vez...

Deteniáse á ratos, hacía un esfuerzo y continuaba su relato...

Era tan extraña aquella escena, que parecía como si hablase entre

sueños, como si estuviese ausente ella misma, y como si otro ser se expresase por boca de ella ó la sugiriese sus palabras...

IX

«... Escucha lo que tengo que contarte—dijo para empezar.—Ya no eres un niño, debes saberlo todo.

Tenía yo una íntima amiga... Se casó con un hombre á quien amaba de todo corazón y fué muy feliz con su marido.

El primer año de matrimonio fueron á la capital para pasar allí algunas semanas y divertirse. Se hospedaron en una fonda principal y frecuentaron la sociedad y los teatros.

Mi amiga era muy bonita, todo el mundo se fijaba en ella. Los jóvenes la galanteaban con encarnizamiento.

Pero había sobre todo un... oficial que la perseguía... Por todas partes donde iba ella encontraba sus malvados ojos negros. No le fué presentado y no le dirigió nunca la palabra sin mirarla con descaro y con un aire singular.

Aquella obsesión emponzoñó todos los placeres de mi amiga durante su estancia en la capital; suplicó á su marido que la llevase consigo á otra parte y comenzaron los preparativos de marcha.

Una noche, su marido fué á su círculo, donde estaba invitado á una partida de juego por los oficiales del regimiento á que pertenecía el perseguidor de mi amiga, la cual se quedó por vez primera sola en la fonda. Tardando en regresar su marido, despidió á su doncella y se acostó...

De repente se quedó yerta de espanto y se puso á temblar. Acababa de oír un ligero ruido detrás de la pa-

red como de un perro que arañase. Examinó las paredes.

En un rincón ardía una lámpara ante las sagradas imágenes; todo el dormitorio estaba tapizado con telas.

De pronto, en el sitio de donde venía el ruido, movióse un entrepaño, se levantó, se abrió..., y aquel hombre terrible, de ojos negros y malos, salió del muro sombrío y desmedidamente alto.

Quiso gritar ella, pero no brotó un sonido de su garganta; sentíase desfallecer de terror.

Avanzó el hombre con paso rápido, como una fiera; arrojó á la cabeza de mi amiga una cosa blanca y pesada que la axfisiaba... ¿Y después?... No recuerdo lo que siguió después... ¡No, no lo recuerdo!...

Después fué la muerte... ¡peor que la muerte!... Cuando por fin se disipó aquella horrible niebla, cuando yo..., cuando mi amiga volvió en sí,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1935 MONTERREY, MEXICO

ya no había nadie en el dormitorio.

De nuevo se quedó largo tiempo sin fuerzas para articular un sonido; al cabo de mucho rato consiguió pedir socorro... Luego, nuevamente, quedó todo confuso...

Más tarde, al recobrar el conocimiento, vió á su marido, á quien habían entretenido en el círculo hasta las dos de la madrugada... Su rostro estaba trastornado; quiso interrogar á su mujer, pero no obtuvo respuesta ninguna. A consecuencia de esos sucesos cayó enferma de peligro.

Sin embargo, si no tengo mala memoria, en cuanto quedó á solas se puso á inspeccionar las paredes de su dormitorio. Bajo las telas que las tapizaban descubrió una puerta secreta, y vió de pronto que ya no tenía en el dedo el anillo de boda.

Aquel anillo era muy original. Estaba adornado con siete estrellas de oro, alternando con siete estrellas

de plata; era una joya de familia.

El marido de mi amiga preguntó qué había hecho de aquella sortija, y no supo qué contestarle. Supuso que se le habría extraviado y la buscó él infructuosamente. Le entró un inquieto deseo de volver á su casa; y en cuanto el médico permitió á la enferma levantarse, abandonaron la capital.

Figúrate que el mismo día de su marcha, encontraron unas parihuelas en las cuales iba tendido un hombre con el cráneo roto, y aquel... hombre era el huésped funesto, el de los ojos perversos... ¡Le habían matado en riña, en la mesa de juego!

Mi amiga partió para el campo, y fué madre, por primera y última vez... Aún vivió algunos años con su marido, quien nunca sospechó nada. ¿Y qué hubiera podido confesarle? ¡Ella misma lo ignoraba!

Sin embargo, su ventura había

quedado rota para siempre. La existencia de los dos oscurecióse; y la nube que se cernía sobre ellos se desvaneció. No tuvieron más hijos... Y ese hijo único...

Mi madre se estremeció con todos sus miembros y se tapó la cara con las manos.

—¡Oh!, ahora dime—continuó con redoblada energía—¿es culpable de algo mi amiga? ¿De qué puede acusarse ella?... Fué ultrajada, es verdad. Pero, ¿no tiene derecho á declarar, ante Dios mismo, que era inmerecido el castigo que la hirió? Pues, ¿por qué es preciso que vea de nuevo su pasado en aquella horrible visión, al cabo de tantos años, como una criminal á quien roen los remordimientos? Macbeth había muerto á Banquo; era natural que viese fantasmas... ¡Pero yo!...»

Al llegar aquí el relato de mi madre, se hizo tan confuso, que ya no

pude seguir más tiempo el hilo de él. Era evidente que deliraba.

X

Sin trabajo se comprenderá qué penetrante impresión me produjo el relato de mi madre.

En seguida adiviné que se trataba de mi madre y no de su amiga; su yerro al hablar en primera persona, no hizo más que confirmar mis suposiciones.

Así, pues, era mi padre á quien había descubierto en sueños, y á quien había visto en carne y hueso aquella mañana.

Con toda evidencia, en aquella riña no fué muerto, sino solamente herido. Provisto de mis noticias, había penetrado en casa de mi madre y había huido, por asustarle el desvanecimien-

to de mi madre. En el acto aclaróse para mí toda nuestra existencia; comprendí el sentimiento de involuntaria repulsión que á veces tenía mi madre para conmigo, y su tristeza habitual y el aislamiento en que vivíamos...

Después de esas revelaciones, dábame vueltas la cabeza; recuerdo que me la cogí con ambas manos, como para sostenerla en su sitio. Una sola idea se me había metido como un clavo; ¡encontrar á ese hombre, cueste lo que cueste! ¿Por qué? ¿Con qué fin? Yo mismo no lo sabía; pero, quería encontrarlo... Había llegado á ser para mí cuestión de vida ó muerte el descubrir su paradero.

Al siguiente día por la mañana, mi madre se quedó más tranquila, desapareció la fiebre y pudo dormir.

Después de haberla recomendado al propietario de nuestra quinta, la dejé al cuidado de la servidumbre, y comencé mis pesquisas.

XI

Ante todo, me dirigí al café donde la vispera había encontrado al barón. Nadie le conocía, ni siquiera se habían fijado en él, no hizo más que entrar de paso. Verdad es que no habían olvidado al negro, cuyo atezado rostro saltaba á la vista; pero, nadie sabía de dónde venía, ni su residencia.

A todo evento, di mis señas de casa; y me puse á recorrer las calles, las grandes vías, los muelles, los alrededores del puerto; miré en todos los establecimientos públicos, sin descubrir la más pequeña huella del barón y de su negro compañero.

Después de vagar de esa suerte hasta la hora de comer, volví extenuado á casa. Mi madre estaba levantada; mezclábase con su tristeza habitual

una cosa nueva, un aire de perplejidad dolorosa, cuya vista me partía el corazón como un cuchillo.

Pasé la noche junto á ella; jugó un *solitario*, y miré sus naipes sin chistar. No hizo ninguna alusión á su relato ni á lo que sucedió la víspera. Hubiérase dicho que, por tácito convenio entre nosotros, nada debía evocar el recuerdo de aquellos extraños y penosos acontecimientos; quizá no recordase tampoco muy exactamente lo que había dicho en el delirio de la fiebre, y contaba con que yo lo disimularía.

En efecto, puse todo mi cuidado en disimular, y ella lo comprendió perfectamente. Lo mismo que la víspera, evitó el encuentro de mis miradas.

En toda la noche no pude cerrar los ojos.

De pronto se levantó una tempestad terrible. Aullaba el viento y desencadenábase con violencia. Los cristales de las vidrieras se estremecían y

retemblaban. El aire estaba lleno de gemidos y gritos desesperados. Parecía que la bóveda celeste volaba hecha trizas, con lamentos desgarradores, por encima de las casas, que oscilaban.

Poco antes de amanecer caí en un semisueño... Creí ver entrar de pronto alguien en mi cuarto, y que me llamaba con voz dulce y firme. Levanté la cabeza para mirar en torno mío, y no vi á nadie.

¡Cosa extraña! No sólo no me asusté, sino que tuve un sentimiento de satisfacción: había adquirido de repente la certidumbre de que aquella vez iba á lograr mi propósito.

Me vestí de prisa y salí de casa.

XII

Habiase calmado la tempestad, aun cuando se notaban todavía sus últimas convulsiones...

Era muy de madrugada. Las calles estaban desiertas. En muchos sitios yacían por el suelo restos de chimeneas, tejas, tablas, vallas derribadas, ramas de árboles rotos... «¡Qué dramas han debido de suceder esta noche en el mar», dije para mí, viendo los vestigios que había dejado la tempestad.

Hubiera querido dirigirme al puerto; pero, al parecer, obedientes mis piernas á impulso omnipotente, me arrastraron en otra dirección.

En menos de un cuarto de hora me encontré en una parte de la ciudad que aún no había visitado.

Anduve lentamente, paso á paso, sin detenerme, presa mi alma de una sensación extraña, y esperando alguna cosa extraordinaria, sobrenatural, con el convencimiento de que esa cosa acaecería bien pronto.

XIII

Y, en efecto, acaeció esa cosa extraordinaria, sobrenatural.

De pronto vi á veinte pasos el negro que se había aproximado en presencia mía al barón en el café. Envuelto en el poncho que ya le había visto, parecía haber brotado del suelo; y volviéndome la espalda, seguía con paso rápido la exigua acera de una callejuela tortuosa.

Me lancé en persecución suya; pero él aceleró la marcha sin volverse, desapareciendo detrás de la esquina de una casa que sobresalía.

Corrí á aquel sitio, rodeé la casa. ¡Oh milagro! Ante mi se extendía una calle estrecha, desierta en absoluto. La bruma de la mañana la envolvía on un velo de plomo, pero mi vista

atravesó aquella oscuridad y recorrió toda la calle. Hubiera podido contar todas las casas... Pero no vi ni un solo ser viviente.

El negrazo, envuelto en el poncho, desapareció con tan estupenda prontitud como había surgido.

Me quedé suspenso; sin embargo, mi asombro no duró más que un instante.

Otro pensamiento me dominaba: yo conocía aquella calle que se extendía ante mis ojos. ¡La había visto en sueños!

Me estremezco, me encojo... ¡es tan fresco el aire de la mañana!... y sin vacilar, con un aplomo lleno de terror, sigo mi camino...

Busco con los ojos... allí está, á la derecha, saliente de la acera; allí está aquella casa que he visto en sueños; allí la vieja puerta cochera, con montones de piedras á los dos lados...

Es verdad que las ventanas no son

redondas, sino cuadrangulares... Pero ese detalle es insignificante.

Llamo á la puerta; toco dos, tres golpes, más fuerte, cada vez más fuerte...

La puerta se abre con lentitud, rechinando como si bostezase, y me encuentro delante de una criada joven, despeluznada y con los ojos aún medio dormidos. Era fácil ver que acababa de despertarse.

—¿Es aquí donde vive el señor barón?...—pregunté echando una ojeada á hurtadillas al patio estrecho y largo.

Es tal y como lo he visto en mi sueño; nada falta, ni las vigas, ni las tablas...

—Aquí no hay ningún barón—me respondió la joven.

—Cómo, ¿que no hay aquí ningún barón? Eso es imposible.

—Ya no está aquí, se marchó ayer.

—¿A dónde se ha ido?

—A América.

—¡A América!—repetí involuntariamente.—Pero ¿tiene que volver?

La criada me miró con aire sospechoso.

—No sabemos nada... Quizá no vuelva.

—¿Ha estado mucho tiempo aquí?

—Como cosa de una semana... Acaba de partir...

—¿Cómo se llama ese barón?

La joven abrió unos ojos de á palmo.

—¿No sabe V. su apellido? Nosotros le llamábamos sencillamente barón. ¡Eh, Pedro!—gritó al ver que hacía yo ademán de querer entrar en el patio.—Aquí hay un forastero que hace muchas preguntas.

Un robusto mocetón, mal encarado, salió de la casa.

—¿Qué hay? ¿Qué quiere V.?—preguntó con voz ronca.

Y después de haber escuchado con cólera, me repitió lo que acababa de decirme la joven.

—Pero, ¿quién vive en esta casa?

—Nuestro patrón.

—¿Quién es vuestro patrón?

—Un carpintero. No hay más que carpinteros en nuestra calle.

—¿Y podré verle?

—Aún está durmiendo.

—¿Y me permite V. que entre en la casa.

—No...

—¿Podré ver más tarde á su patrón?

—¿Por qué no?... Siempre se le puede ver... Es un industrial... Ahora, puede V. largarse de aquí... Apenas alborea.

—¿Y el negro?—pregunté á quemarropa.

—El obrero me miró estupefacto, y después la criada.

—¿Qué negro?—dijo por fin.—Váyase V., caballero... Vuelva V. otra vez y podrá hablar con el patrón.

Bajé á la calle. La puerta cochera se cerró tras de mí con estrépito, pe-

sadamente y deprisa, pero aquella vez sin rechinar.

—Tomé nota de la calle y de la casa, y me alejé, sin volverme á casa, sin embargo.

Experimentaba una especie de desencanto. ¡Todo lo que me había acontecido me parecía tan extraño, tan extraordinario..., y habia terminado todo de una manera tan ramplona!

Cierto es que estaba persuadido de que debía de encontrar en aquella casa el cuarto que ya conocía, y en aquel cuarto á mi padre el barón, vestido en traje de dormir y con la pipa en la boca. Y en lugar de eso, descubro que el propietario de aquella casa es un carpintero, á quien puede irsele á ver á todas horas... y á quien se le pueden encargar muebles.

¡Y mi padre ha vuelto á partir para América! ¿Qué me queda ahora que hacer? ¿Contar toda esta aventura á mi madre, ó enterrar para siempre

hasta el recuerdo de aquel encuentro?

No podía conformarme con ver esta aventura sobrenatural y misteriosa llegar á un desenlace tan ordinario y vulgar.

No pude decidirme á volver á casa, y me puse á marchar en derechura, sin saber á dónde. Así llegué fuera de la ciudad.

XIV

Andaba con la cabeza baja, sin pensar, casi desprovisto de sensación, absorto en mí mismo.

Un ruido igual, sordo y furioso me sacó de aquel embotamiento. Levanté la cabeza: el mar gruñía y mugía á cincuenta pasos de mí. Entonces noté que iba andando por la arena de la playa.

El mar, hinchado por la tormenta